

Sanguinolenta publicación de César Biernay

# Libro revive crímenes macabros y mediáticos cometidos en Chile

El volumen repasa los métodos de los homicidas y las pericias policiales que resolvieron los enigmas, que sacudieron a la opinión pública.

FABIÁN LLANCA

El próximo 23 de marzo se cumplen once años desde que Ítalo Nollí acribilló en el sector industrial de San Bernardo a dos funcionarios de la Policía de Investigaciones que lo habían sorprendido comercializando cobre robado. Luego de percutir treinta veces su pistola Glock, regresó al departamento que habitaba en la avenida Cumming y preparó su huida. Logró eludir un par de cercos policiales, pero cayó abatido con un disparo en la cabeza y otro en el tórax en la intersección de Cienfuegos con Agustinas, en el centro capitalino.

La crónica roja de la época reconstruyó al protagonista de esa masacre, al que lo apodó Rambo, un aficionado a las armas que luego de estar preso por estafa en los años noventa se juramentó que jamás volvería a la cárcel y que se defendería con todo para



Dos de los homicidios referidos por Biernay fueron perpetrados a martillazos.

presionado por la pensión alimenticia impaga y que actuó en connivencia con su segunda pareja.

“Hay dos crímenes en el libro cuya arma homicida fue el martillo: el del portal Lyon y el de la prostituta de Iquique Leydi Torre-alba, en 2005”, dice Biernay respecto de la imagen de la herramienta ensangrentada que ilustra la portada del libro, que complementa el primer volumen lanzado hace un par de años.

**—El martillo era lo que tenían más a mano los asesinos.**

—Exacto. Es uno de los tantos objetos dispuestos en la escena del crimen, al que el homicida apeló en su urgencia para cometer el crimen.

**—¿Cuál caso destaca por ser singular y único?**

—Cada caso es un universo en sí mismo, pero el crimen de la colombiana Yuliana Acevedo, en 2016, y el hallazgo de su cuerpo descuartizado en el río Mapocho, es un caso emblemático con

cumplir ese anhelo. Así fue como murió en su ley y pasó a la historia policial chilena.

Este y otros seis casos de crímenes alevosos y planificados son incluidos en *Macabros 2. Evidencias que desbarataron la coartada perfecta*, libro de César Biernay que acaba de ser lanzado por el sello Catalonia. El volumen

profundiza en homicidios mediáticos, como el perpetrado a martillazos por un conserje del Portal Lyon contra la administradora del edificio emblema de Providencia, en 2002; o, ese mismo año, el de Juan Miranda, un niño de doce años que fue ultimado en San Antonio por su propio padre, Patricio, quien estaba

homicida apeló en su urgencia para cometer el crimen.

**—¿Cuál caso destaca por ser singular y único?**

—Cada caso es un universo en sí mismo, pero el crimen de la colombiana Yuliana Acevedo, en 2016, y el hallazgo de su cuerpo descuartizado en el río Mapocho, es un caso emblemático con

## Delitos académicos

César Biernay es funcionario de la PDI y profesor de metodología de la investigación en la Escuela de Investigaciones Policiales, trabajo que lo ha mantenido al tanto del modo de operar de los delinquentes nacionales. Fue a través de esta faceta académica que se enteró de la existencia de los hermanos Moyano, una dinastía familiar de cuenteros y timadores cuya historia abre el libro, que se cierra con el caso del profesor Nibaldo Villegas, ultimado en el invierno de 2018 por su pareja Johanna Hernández y Francisco Silva, quien era amante de la joven, suceso que ocupó horas y horas de los programas matinales de televisión.

muchos elementos que confirman que la realidad supera a la ficción.

**—¿Qué elementos?**

—Víctima y victimario son inmigrantes que depositaron muchas esperanzas en su destino. Los restos humanos de la víctima flotaban en bolsas a la altura de Vivaceta, cuyas huellas no estaban registradas en los archivos nacionales. La manicura del dedo gordo del pie permitió dar con el paradero de la artista en esmaltes y de allí al domicilio de la fallecida. Junto a estos aderezos, el crimen se desarrolló casi cien años después de uno similar ocurrido también en el río capitalino y resuelto, entre otras evidencias, por la uña de un pie. Se le llamó el caso de las cajitas de agua.



Leonardo Sanhueza

## Testigos de masacres

### TINTA CHINA

Si fuera posible atestiguar en vivo, con cámaras online, algún momento de la Guerra del Pacífico, ¿qué querríamos ver? ¿Nos decepcionaría la imagen de un pastorcito de llamas o vicuñas en el altiplano?

Es ya un lugar común decir que ahora uno se entera de las noticias “en vivo y en directo”, casi sin mediación, como si estuviera conectado a un panóptico al que no se le va una. Entiendo que esa idea empezó a asentarse hace veinte años, con los atentados a las Torres Gemelas, cuya televisión nos pilló a todos medio desprevenidos, y terminó de cuajar espectacularmente con el bombardeo de Bagdad. Antes de eso uno se informaba de los acontecimientos con cierto desfase, a veces de días, a veces de un par de horas o sólo unos minutos, lo suficiente en todo caso para establecer una zanja entre los hechos y su transmisión. Al parecer, ese cambio en la velocidad del flujo informativo nos ha convencido de que ahora somos testigos directos de la historia, como si las guerras o masacres lejanas ocurrieran en el mismo plano noticioso que los partidos de la Champions League.

Me quedé pensando en esa cuestión mientras miraba por Youtube un set de nueve cámaras situadas en distintos puntos de Ucrania, transmisión en vivo a la que llegué, como desde hace varios días, con el ánimo de enten-

arme de lo que estaba ocurriendo por allá. Por supuesto, no pude ver mucho más que lo que habría visto en cualquier transmisión de la Unidad Operativa de Control de Tránsito de Santiago un domingo por la mañana: calles vacías, calles con autos, calles con peatones o ciclistas que avanzan hacia un destino que queda afuera del encuadre. Las ocasionales sirenas de alarma de ataque aéreo no agregan muchos datos a la descripción, salvo la sensación de inminencia de algo, no se sabe bien qué, justamente porque la realidad es mucho más amplia que esos nueve cuadros fijos. Es más, hace unas noches, una de esas cámaras captó un audio espantoso de bombazos y tiroteos, pero la imagen respectiva —quietud total— no valía ni de lejos más que mil palabras: de hecho, no decía nada.

La inmediatez de la información nos pone en una siniestra cornisa de banalidad, porque no es improbable que, de tanto perseverar, de un momento a otro alguna de esas camaritas nos regale un momento de fuego, destrucción, muerte. Entonces no será información lo que buscábamos, sino adrenalina. Si fuera

posible atestiguar en vivo, con cámaras online, algún momento de la Guerra del Pacífico o de la ocupación nazi de Francia, ¿qué querríamos ver? ¿Nos decepcionaría la imagen de un pastorcito de llamas o vicuñas en el altiplano? ¿Qué diríamos de un par de bohemios que salen tambaleándose de una cantina de Montmartre?

Ahora escucho, en una transmisión desde una plaza de Kiev, un graznido de cuervos. O tal vez son urracas, no sabría decirlo a ciencia cierta. Para todo efecto, son aves que transmiten con sus oscuras guturalidades una atmósfera en que la paz y el miedo vibran en la misma frecuencia. Me da un escalofrío, así que cambio de canal y escucho, ahora cerca de una estación de trenes, el profundo carillón de una iglesia, cuyas campanadas expresan por igual la vida rutinaria y la alerta ante una fuerza ominosa que está copando las calles. Cuervos, urracas, campanarios: quizás esos sonidos de la desolación transmiten mejor —mejor al menos que el estruendo espectacular de las bombas— la idea de “noticia en desarrollo”, como se suele decir.